

## Barrenderos del mar.

El mar, como todos los ecosistemas, tiene bien ajustados sus mecanismos de tratamientos de residuos. Claro que se trata de residuos orgánicos, y, aun con esos, el equilibrio es dinámico y, a menudo, frágil.

Pero cerca de las costas habitadas, sobre todo las de los países de primer mundo, suelen aparecer las huellas de esta sociedad de consumo, que no siempre digiere bien todo lo que, insaciable, devora sin apenas saborearlo.

Algunas personas creen que vale la pena intentar borrar o, al menos, aligerar, esa huella en forma de desechos que los humanos dejan en el mar, y dedican tiempo y esfuerzos, de manera altruista, a sumergirse en busca de basura, provistas, por toda arma, de una bolsa que contuvo azúcar, como intentando endulzar el amargo rastro de sus congéneres.

Esta vez es la costa de la Herradura, pero en muchos otros puntos de las costas españolas, hay voluntarios dispuestos a trabajar por todos.

En el fondo del mar es posible hallar todo tipo de objetos utilitarios, tan cotidianos en tierra, y tan surrealistas en el océano; formas irreales, un extraño plancton de ciencia ficción, que más pronto que tarde se convertirá en bentos.

El mar y la vida harán suyas muchas de esas formas, y las integrarán, como piezas nuevas del mosaico marino, que acabarán cumpliendo la ley del mar: antes o después, estarán cubiertas de epífitos. A fin de cuentas, es posible que algunos de esos objetos se hayan fabricado con elementos cuyos átomos salieron del fondo del océano.

Pero ese eterno y perfecto ciclo de la materia no justifica que se use el mar como basurero ni evita algunos riesgos ciertos y comprobados del vertido de residuos sólidos.

Lo de menos es la cochambre visual, que, al fin y al cabo, solo molesta a la especie que la ha provocado.

Más preocupantes son los restos minúsculos de, por ejemplo, las llamadas *redes fantasma*; provienen del descuido o de la dejadez de los marineros, y se convierten en trampas seguras para los animales que nadan y quedan atrapados.

Con demasiada frecuencia, peces y tortugas, también algunos mamíferos e invertebrados, mueren luchando contra la estupidez humana. Porque nada hay más estúpido que hacer algo que no beneficia a nadie y perjudica a muchos.

Los restos de artes de pesca trenzan laberintos siniestros. Bajo las piedras, entre las algas, sobre los corales, los hilos invisibles tejen mallas en las que la vida queda atrapada y condenada, salvo que otras manos distintas de las que tendieron los hilos rompan el maleficio.

El plástico es uno de los residuos sólidos más dañinos en el mar. Se calcula que de ese material, que hace más fácil la vida de las personas, cada año llegan a los mares unos 10 millones de toneladas, que, en algunas zonas, como el noroeste del océano Pacífico, llegan a formar auténticas islas flotantes.

Por una parte, el plástico no es biodegradable. Por otra, se fragmenta una y otra vez, de manera que no sirve como sustrato y sus restos se dispersan e inmiscuyen en los fondos marinos. A menudo, los plásticos blandos aparecen como medusas a la vista de animales como las tortugas, que los ingieren y pueden llegar a morir atragantados. Además, muchos plásticos contienen sustancias contaminantes y tóxicas que, aunque, quizá, no lleguen a alterar la composición del agua, sí pueden dañar a algunos organismos.

En realidad, los efectos más peligrosos son los que no se ven. La combustión de hidrocarburos por parte de vehículos en tierra, los vertidos industriales y la sobrepesca producen alteraciones constantes y radicales en el ecosistema marino que ningún voluntario puede paliar.

Y no obstante, estos barrenderos ocasionales realizan una labor importante que nos beneficia a todos.